

Remembranza, por Johana Rojas.

“Ríe, ríe a carcajadas, ríe alto, tan alto que tu risa haga retumbar a los rincones más escondidos de esta viuda ciudad. Viuda y desconsolada porque la muerte vino a buscar la alegría que estremecía sus calles. Así que ríe. Porque al menos, por un instante, una estrella, la más brillante del firmamento, alumbraba con todas sus fuerzas a esta solemne ciudad”.

Ya pasada la medianoche y a la luz de las velas, viene a mi memoria las palabras que mi madre, unos meses antes, me había dicho. Hasta ese momento no había comprendido cómo era posible que la risa de alguien pudiera iluminar un lugar, mucho menos una ciudad entera.

Y entre risas ahogadas, con el estómago doliendo, lágrimas en las mejillas y pausas cortas para recuperar el aire, lo entendí.

Ya no necesitaba las velas; ni siquiera la linterna del teléfono de mi hermano podía alumbrar tanto como ella...

En la calle sólo había silencio, espero que los vecinos estén felices con la melodía estrepitosa de su risa tanto como yo. Qué pena con ellos, la verdad. Pero las explosiones de humor ya no eran tan común en ella desde que el monstruo... aquel cruel monstruo de mirada fría, sediento de poder y aire devastador, se llevó su paz.

“El tiempo es cruel y a nadie quiere”, dice la canción, y en este caso, no fue la excepción.

Papá se ríe, incapaz de hablar, y en cada pausa la mira como reafirmando, aun después de tanto tiempo, su amor por ella.

Mi hermano ya no sabe que decir para defenderse, porque una vez más, las risas infinitas son sólo burlas hacia él.

Mi corazón siente nostalgia al ver ese cuadro tan pintoresco a pesar de la penumbra.

“Ríe, ríe a carcajadas, ríe alto, tan alto que tu risa haga retumbar a los rincones más escondidos de esta viuda ciudad...”

Aún recuerdo su voz, aún recuerdo el sonido de las risas, el sabor amargado de quienes comparten alegrías en medio de duros momentos.

Mi voz se quiebra y lloro. Lloro porque ya no son sus latidos la dulce melodía que sana mi corazón roto, porque ya no son los abrazos de él mi lugar seguro, porque ya no son las burlas hacia el pequeño mi medicina para un buen día.

Lloro porque los dejé muy lejos, o quizás ellos se fueron, o tal vez todos nos consumimos.

Lloro, porque el tiempo es incapaz de detenerse, aunque hace mucho ya, que dejó de correr. Lloro de alegría y tristeza, al recordar ese momento mientras observo la estrella más brillante, porque al fin lo entendí... mamá siempre tuvo razón...

Esa noche, riendo a carcajadas, aun con una ciudad que agonizaba en la oscuridad, nosotros... éramos luz.